

sn 4/45

JOAQUÍN ALVAREZ PASTOR

LO QUE SE HA PERDIDO
Y LO QUE SE HA GANA-
DO EN LA GUERRA.

MÁLAGA
Imprenta ibérica
1919.

476

LO QUE SE HA PERDIDO Y LO QUE
SE HA GANADO EN LA GUERRA

LO QUE SE HA PERDIDO
Y LO QUE SE HA GANADO
EN LA GUERRA. ::

CONFERENCIA LEIDA EN LA
SOCIEDAD MALAGUEÑA DE
CIENCIAS, LA NOCHE DEL 28
DE NOVIEMBRE DE 1918, POR
JOAQUÍN ALVAREZ PASTOR.



IMPRESA IBÉRICA

:: MÁLAGA ::

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:

Lo que me propongo, al tener el gusto de dirigirme a vosotros en estos momentos, es sacar algunas conclusiones parciales, que se pueden desprender ya, del proceso y resultado de la gran guerra a cuyo fin asistimos. Las conclusiones a que me refiero habrán de ser necesariamente provisionales; y sólo el tiempo, la perspectiva histórica, podrá elevar a definitivas, como dicen los juristas, aquellas que hayan sido fundadas con acierto y modificar las otras que fueron obtenidas con precipitación.

El riesgo de semejante tarea no se me oculta desde luego, ni tampoco pasará desapercibido a vosotros mismos. ¿Quién será tan firme de ánimo que se aventure sin temor por la selva inextricable de lo porvenir que nos abre a cada momento las salidas más inesperadas? Y por otra parte, ¿cómo determinar, ni siquiera aproximadamente, *todo* lo que se ha perdido y lo que se ha ganado en la vastísima lucha, ahora, por fortuna, pasada?

La dificultad y la extensión del asunto son tan grandes que absorberán durante muchos años la atención de los hombres. Y las consecuencias a que se llegue servirán de

jalones que indiquen el sentido en que ha de marchar la humanidad futura.

Mas ni siquiera puedo decir que los temas de que me ocuparé constituyan la base de ciertas direcciones principales del espíritu. No.—Yo hablo aquí, un poco al azar, guiado por el eco de mis propias preocupaciones. Y son cuestiones de orden moral, cuestiones situadas en el plano de las ideas las que van formando esa melodía interior que pretendo transmitir esta noche. A ellas habré de limitarme, sin ninguna otra malsana preocupación. Pero si eso no bastara, he de tener siempre presente que me dirijo a una *Sociedad de Ciencias*, es decir, a una sociedad que se propone, como fin exclusivo, la investigación y propagación de la verdad mediante un método justificado. Así, quiero que no veáis en mis palabras mas que el deseo de poner un poco de claridad y de rectitud en los negocios de nuestra vida.

He dicho *claridad y rectitud*, y no tengo por qué arrepentirme de haber empleado tales términos: claridad, en las ideas; rectitud, en la conducta. ¿No son suficientes esos dos conceptos para explicarnos lo que ha sucedido en España durante la guerra? Las ideas de los españoles han sido, y siguen siendo, oscuras y confusas; sus juicios han pecado contra todas las reglas del bien pensar. De haber pensado bien, de haber tenido ideas claras y distintas, como quería el ilustre filósofo francés Descartes, no hubieran nuestros compatriotas defendido con tanta obstinación y ceguedad la mala causa. Pero ni pensaron con claridad ni tampoco obraron con rectitud. Su conducta quiso ser tortuosa, atenta sólo a los intereses inmediatos y de corto alcance; trataron de ir soslayando sin honor los obstáculos que se nos presentaban, encerrándose en un mezquino egoísmo nacional. — Cuando no son principios

morales los que rigen la conducta, ésta obedece ansiosamente las sugerencias de la conveniencia. Así estamos viendo cómo el mpro exánime recibe la gran lanzada de aquellos mismos infieles que con más ardor le seguían en los momentos de próspera fortuna. El espíritu caballeresco no encarna en esas mercenarias huestes. Tras el error añaden la deslealtad. Ello obliga, a los que hemos procedido de distinto modo, a presentar nuestra ejecutoria de nobleza. Y como en la otra, en la de sangre, mientras más antigua sea, mejor. Me permitiréis, pues, que os lea, a aquellos de vosotros que no me conocéis, un artículo publicado en *El Popular*, en el mes de octubre de 1914, que expresa claramente mi pensamiento. El artículo se titula *Materia y forma*. Dice así:

Materia y forma

«La filiación espiritual de esos morteros de 42, que tanto ruido y tanto daño están haciendo ahora es la misma que informa el monumento a la Batalla de las Naciones, en Leipzig, o la estatua de Bismarck, en Hamburgo: es el culto a lo colosal. Los alemanes no han tenido que conquistar una nueva provincia del espíritu — como dicen ellos — para que en el ámbito de su pensamiento surja formidable el esquema del monstruoso cañón. Esa provincia del espíritu, donde lo colosal tiene su asiento, se halla en poder de los alemanes hace ya bastantes años. Toda la tendencia de la Alemania actual converge en un sólo punto: mostrarnos, de una manera plástica, la enorme fuerza del Imperio; de ahí el *Vaterland* y el *Imperator*, y la estación de Leipzig, y el monumento a Guillermo I, en Coblenza y tantas otras cosas significativas. Cuando se visita el

gigantesco monumento de Leipzig, el *cicerone*, que recita automáticamente un erudito discurso, obra sin duda de algún sabio profesor, tiene buen cuidado de poner de manifiesto el peso total del edificio, la magnitud de las piedras, las dimensiones de los pies de las estatuas y otros detalles no menos interesantes.»

«Parece ser que los alemanes quieren heredar el espíritu del pueblo romano que hizo posible el Coloseo. Hasta en sus victorias tratan de emular al imperio de Augusto, y si hay algún nombre latino que no se proponen desterrar es el de Káiser, palabra que proviene de la latina Caesar, o César, según todo el mundo sabe.»

«Y bien: estamos plena, absolutamente convencidos de la inmensa fuerza de Alemania; no necesitamos ningún nuevo monumento que nos lo atestigüe; todo lo que se nos asegure en relación al poder alemán lo creemos sin vacilación; pero precisamente por eso, por que estamos tan asustados, preferimos, como dice Ramiro de Maeztu, la muerte, a soportar la perenne amenaza que coacciona y encadena nuestra voluntad. Tan bien han logrado los alemanes su deseo de imponernos una idea aproximada de su poder, que preferimos sucumbir a sobrellevar una existencia intervenida por el miedo.»

«Sobre el culto a lo *kolossal* ponemos el culto a lo delicado; sobre la cantidad colocamos la calidad. El Partenón es muy pequeño; a la Sainte-Chapelle le sobraría espacio en cualquier café de Berlín; el Fauno de Praxiteles podría ocultarse entre los pliegues de un dedo del Bismarck de Hamburgo. Nuestra razón de existir la encontramos en el Partenón, en la Sainte-Chapelle y en el Fauno. Y todos los cañones de 42 no podrán, a pesar de su fuerza incontrastable, abrir la más insignificante brecha en este reducto de nuestro convencimiento.»

Democracia y eficacia

Tal era mi convicción en el momento en que comenzaban las hostilidades simultáneamente en los campos de batalla y en el terreno de las ideas. No tengo necesidad de decir que, de entonces a hoy, apenas se ha modificado mi pensamiento. Pero cuatro años de diálogo constante y de no interrumpido monólogo han reducido los distintos puntos de vista conforme a la función propia del entendimiento. ¡Y cuántas ideas no ha sido preciso abandonar en marcha y cuántas otras, que jamás hubiéramos podido prever, no han reclamado vigorosamente un puesto principal en la contienda! ¡Y cuántos problemas no han desaparecido sin dejar rastro ya porque estaban mal planteados ya porque, en realidad, no eran tales problemas!

¿Qué decir, por ejemplo, de aquella magna pugna de la eficacia contra la democracia que tanto nos acongojó al principio de la guerra cuando veíamos arrolladas las huestes afiliadas bajo las banderas de la libertad? El asunto tenía una importancia extraordinaria, porque lo que se hallaba en trance de muerte eran los grandes ideales de la edad moderna; lo que amenazaba destruirse era un edificio político levantado sobre la vida de millones de seres que se habían sacrificado en nuestro provecho.— Pero pronto comprendieron los más sagaces que la cuestión se hallaba mal propuesta, y que dentro de un régimen puramente democrático es posible la eficacia, como es posible también, por nuestro mal, la ineficacia. No es lógico, pues, oponer dichos términos como excluyéndose uno a otro. Lo que ocurrió en aquellos tibios instantes fué que una cierta impaciencia, nacida de la inquietud al ver en peligro los ideales más caros, coincidió con la expansión de los sentimientos de los falsos demócratas que se habían parapetado detrás de ese concepto de eficacia

—como antes lo hicieron tras el primado de la técnica— para destruir a mansalva lo que, en el fondo, aborrecían.

La separación entre democracia y eficacia no ha de buscar su apoyo en la relación de medio a fin, en el supuesto que la democracia se refiera a los medios y la eficacia a los fines. Porque prescindiendo—y ya es mucho prescindir—de que todo momento de un desarrollo moral debe ser medio y fin al mismo tiempo, es claro, a mi juicio, que la democracia constituye por sí misma el medio más adecuado de realizar cualquiera política digna de ese nombre; a menos de admitir que eficacia valga tanto como rapidez, y no puedo imaginar que haya nadie que acepte semejante equivalencia.

La verdad de esta doctrina ha quedado comprobada por los hechos, como acabáis todos de ver. Sería, sin embargo, igualmente cierta aunque circunstancias especiales nos ofrecieran una experiencia contraria. Pero el resultado de la guerra no deja aquí lugar a dudas. ¿Qué sabio alemán puede en adelante hablar de la *Realpolitik*, de la política de realidades, ni quién ha de atreverse a resucitar una teoría de la eficiencia? La política más real ha sido precisamente la que no se proponía, de un modo inmediato, aprehender esa realidad tan codiciada. El triunfo lo ha alcanzado la política de los valores, la *Moralpolitik*, la política de ideas. La eficacia era un fantasma vano que ha desaparecido cuando la democracia se ha puesto en pie. La política hecha de arriba a abajo, como una imposición y una amenaza, la política que se fundaba en el principio de autoridad, de origen divino, ha concluido firmando una completa y vergonzosa capitulación.

El espíritu de Maquiavelo

Uno de los contornos que desaparecen con la guerra es el que proyectaba en el plano de la política y, sobre todo, en el mundo de los negocios diplomáticos el espíritu de Maquiavelo.

Al decir *espíritu de Maquiavelo* empleo deliberadamente una expresión hasta cierto punto ambigua. Tanto me refiero al procedimiento de gobernar derivado de las doctrinas del hombre de Estado florentino y aplicado en algunos centros directores de la política europea, lo que pudiéramos llamar el maquiavelismo, tanto aludo también al concepto propio de espíritu que Maquiavelo tenía.

Pero a poco que reflexionemos habremos de reconocer el enlace que existe entre uno y otro, o sea que dicho procedimiento no es más que la aplicación al mundo de la práctica del principio contenido en el concepto; en una palabra, que lo que Maquiavelo entendía por espíritu constituye la justificación teórica del maquiavelismo.

Como se sabe, el autor de *El Príncipe* ha servido de punto de partida a una corriente de pensamiento que no reconocía la necesidad de apoyar los principios políticos en fundamentos equitativos y justos, sino que, por el contrario, establecía el interés y beneficio propios como base de la vida social. La política quedaba de este modo completamente separada de la Ética. Y si tal operación podía parecer demasiado arriesgada, en el supuesto de no atreverse a producir tan grave ruptura, se trataría de dar a la moral nuevos cimientos, distintos en absoluto de aquellos en que se apoyaba la moral cristiana o tradicional.

Semejante ética estaba en moda hace unos veinte años. Era el último retoño de la moral realista que había dominado en Europa durante el siglo XIX. Ella pudiera servir de base a las doctrinas políticas de Maquiavelo.

«Cuando se trate de tomar una resolución de la que dependa la felicidad del Estado—dice nuestro autor en sus Comentarios a Tito Livio—no debemos detenernos por razones de justicia o injusticia, de humanidad o crueldad, de honor o vergüenza; es preciso despreciar todo lo que no sirva y elegir lo que pueda salvar al Estado y a la libertad.»—Se coloca, por tanto, el interés o felicidad del Estado por encima de cualquiera otra consideración, y luego se disponen subordinadamente la justicia, la humanidad o el honor y, si preciso fuera, la injusticia, la crueldad o la vergüenza. Porque no hay que olvidar que es el mismo Maquiavelo quien nos dice «que el príncipe que quiera conservar el poder deberá aprender a no ser siempre bueno sino a emplear el bien y el mal según convenga.»

Bien y mal son así dos valores igualmente útiles; no son los límites dentro de los cuales se mueve la acción moral; son sólo los medios de que el príncipe dispone para conservar el poder.—Como trara de adular a los Médicis, Maquiavelo, fiel a su creencia, se olvida ahora del Estado y de la Libertad.

Pero ya se ha visto en esta guerra cual ha sido la suerte que el destino reservó a aquellos príncipes que para conservar el poder emplearon el bien y el mal según les convino; ya se ha visto el fin de un Constantino de Grecia, de un Fernando de Bulgaria, o de un Nicolás de Rusia, cuya oscura muerte no deja de producirnos un rastro de compasión. Todos ellos quisieron poner en práctica principios maquiavélicos, quisieron seguir caminos tortuosos; prefirieron las habilidades y las transacciones equívocas a afrontar la realidad con heroísmo; se sintieron incapaces de definirse con un acto enérgico e irrevocable que fuera no el saldo a su favor de los acontecimientos externos, no consecuencia de una lejana previsión del

triunfo sino resultado de las tendencias cardinales en que se orientaba el sér íntimo de cada uno de ellos.

Con estos príncipes fugitivos huye también maltrecho y derrotado el espíritu de Maquiavelo. Tanto su arte de gobernar como su funesta teoría política serán en adelante desterrados. A su vez, los principios morales en que ésta pretendía apoyarse sufrirán un eclipse definitivo.

Ya no se podrá, en virtud de una nueva estimación de los valores éticos, situándose más allá del bien y del mal, hacer una apología de la violencia como medio de llegar al superhombre. Zaratustra habrá de volver a su montaña, con su águila y su serpiente, porque los hombres han hallado su corazón sensible, han sentido dentro de sus pechos la llama de la compasión.—El espíritu brilla con luz maravillosa para iluminar la vida y no como una tea que se preste insensatamente a incendiarla.

«Lo que trae la decisión es el espíritu,» ha dicho el ex-káiser Guillermo en su última proclama a las tropas imperiales; y ello sería absolutamente cierto si por espíritu quisiera significar algo distinto de fuerza. Fuerza y grandeza: ese fué asimismo el ideal de Maquiavelo; eso fué para él lo equivalente a espíritu. Pero lo que en el estadista italiano era más bien ímpetu irresistible que no debía detenerse ante ninguna consideración moral, en el caído emperador y en la moderna ideología alemana se presentaba como tendencia a amplificar las formas conocidas, dilatándolas, exagerándolas hasta producir el terror.

Para Maquiavelo, un bello crimen de un *condotieri* hubiera sido el asesinato del Papa Julio II; para Guillermo de Hohenzollern, el hundimiento del *Lusitania* mereció que se adornaran con colgaduras los balcones de Berlín.—Trataban, según dijeron los responsables del hecho para justificarlo, trataban de abreviar la guerra; y lo que lograron así fué hacer imposible la paz.

La política de violencia, que pone a la necesidad por encima de la ley, como si la ley no fuera la primera necesidad social, la política que afirma que los convenios son papeles mojados, acaba de recibir un castigo edificador.—Lo que ante todo importaba salvar que era el respeto a la palabra empeñada, el cumplimiento de las obligaciones libremente contraídas y la buena fe en los contratos, eso se ha salvado.—La petulancia, la confianza absoluta en la fuerza ciega, el optimismo físico de la prosperidad y del triunfo fácil, han cedido ante el sacrificio aceptado con resignación, ante la fortaleza en la desgracia.—Ha sido derrotada hasta la humillación la soberbia, esa actitud mental tan incomprensiva, tan poco humana que tuvo que ser expulsada del Paraíso.

La Europa del honor

El conocido periodista inglés Gilbert K. Chesterton, en su obra *Los crímenes de Inglaterra*, define la causa de los aliados como «el gran movimiento hacia una Europa más libre y más caballeresca».—He ahí, expresado a la manera británica, un bello pensamiento en pocas palabras. Veamos lo que contiene.

Cuando se habla de Europa como una expresión territorial comprendemos claramente lo que se quiere decir, pues sus límites están determinados en el mapa y ya se sabe que es el mapa la realidad geográfica. Pero cuando con la palabra Europa nos referimos al domicilio de ciertos valores que constituyen la médula ideal del viejo continente, ya comienzan a borrarse los contornos.

Desde luego puede afirmarse que el perímetro de la Europa territorial no coincide en toda su latitud con el de

aquella otra Europa donde se asienta esa forma específica de la cultura que llamamos la civilización europea. Esta queda caracterizada por la herencia clásica que recibimos de nuestros mayores, y por el patrimonio moral que tradicionalmente ha llegado hasta nosotros. La filosofía y el arte griegas, la adaptación latina, los prejuicios caballescicos de la Edad Media, la liberación intelectual del Renacimiento, la liberación política de la Revolución francesa y el extraordinario desarrollo de la técnica en el siglo XIX... tales son las coordenadas de la curva que ha seguido el pensamiento europeo. Ellas aseguran su enlace de tal modo que si alguna faltara se presentaría lo que los matemáticos llaman una solución de continuidad.

Ahora bien, cuando nos referimos a Europa hacemos alusión concretamente al contenido de aquellos hechos históricos. Sin su impronta, sin el sello de su influencia no hay Europa; queda únicamente lo que pudiera servir de asunto a una obra de geografía física.—Y la historia tomaría el aspecto de periplo.

¿Dónde se hallan, pues, las fronteras de esa real Europa para la cual, en virtud de poseer la experiencia indicada, los objetos del mundo tienen una determinada significación? Y no solo esto ¿cuáles son los límites de esa Europa real en la que las significaciones reconocidas se ordenan según una cierta valoración?—La común experiencia es lo que garantiza dicha igualdad de significaciones y valoraciones a las que concedemos tanta importancia; así como recíprocamente.

Creo innecesario advertir que no pretendo, para trazar el mapa propuesto, apoyarme en la identidad absoluta de cada una de las ideas de los diferentes individuos que han de poblarlo. Basta con un principio de acuerdo obtenido por sufragio universal. Basta, por ahora, con establecer lo que la mayoría de nosotros *quiere decir* cuando

emplea conceptos fundamentales desde el punto de vista social o moral, prescindiendo del contenido que particularmente atribuyamos a cada concepto determinado.

Un ejemplo aclarará mi pensamiento. Cuando yo digo *triángulo*, todos vosotros sabéis lo que esta palabra significa: una figura formada por tres rectas que se cortan dos a dos. No hay aquí apenas discusiones; caben sutilezas, desde luego, sobre todo si interviene en el asunto algún abogado enredador. Ahora, si yo digo: *la ciudad de París* o *la batalla de Maratón* ya no todos pensaremos lo mismo y hasta puede ser que haya alguien para quien la frase *batalla de Maratón* carezca de sentido concreto, y otros tal vez habrá que alteren su significado. Pero aún aquí se puede llegar pronto a una inteligencia. Los que hayan leído la historia del pueblo griego, al oír el nombre de *Maratón* seguidamente comprenderán de lo que se trata. Por otra parte, *la ciudad de París* es algo de tanto relieve en el mundo que difícilmente encontraremos quien ignore lo que esa palabra vale. De cualquier manera, el acuerdo se verifica también en este caso con rapidez y de un modo bastante completo.

Por último, si yo digo: *objeto*, *nación* o *felicidad* y luego pregunto a cada uno de vosotros qué entiende por tales términos, tendremos una serie de respuestas tan diferentes unas de otras que sólo a fuerza de muchas transacciones podremos venir a un acuerdo que no satisfará, en el fondo, a nadie. Pero por muy variadas que sean dichas respuestas hay algo que nos une íntimamente y que es superior a las objeciones lógicas; y es que al pronunciar aquellas palabras, todos los que aquí estamos *queremos decir lo mismo*. Esto mismo que todos queremos decir y que no decimos, llámesele como se le llame, tendencia común, sentimiento colectivo o como sea, es el lazo más fuerte que une a los miembros de una civilización.

Cuando empleo la palabra *felicidad*, uso un término del cual lo único positivo que debería decir es que no existe. Sin embargo, tal palabra forma parte del lenguaje corriente y no dudamos nunca en su aplicación. Ella no vale por lo que es sino por lo que queremos que sea. Se trata de un valor supuesto y no obstante universalmente aceptado, como las reglas del juego de ajedrez.—Es un mito cuya existencia depende de nuestras plegarias.

Un sentido sobreentendido de las cosas, un sistema de símbolos une a los hombres de una misma cultura. De ello nos damos cuenta cuando aprendemos un idioma extraño, y mientras más extraño mejor, en el que surgen a cada paso conceptos que no tienen traducción adecuada. Pero ese sentido supuesto no sería posible sin la común experiencia de que hablamos antes, experiencia que, lo repito, implica a su vez una afinidad espiritual.

Lo mismo que de la palabra *felicidad* podemos decir del concepto *honor*. ¿Quién tendrá duda alguna de lo que el honor significa si ha oído siquiera hablar de esa flor y espejo de la caballería, de ese magnánimo y esforzado Don Quijote de la Mancha, altivo con los fuertes, humilde con los menesterosos, rendido y atento con las damas, siempre propicio con el débil, siempre dispuesto a liberar al oprimido, esclavo de su palabra, fiel a sus juramentos, de ese heroico Alonso Quijano, el Bueno, que ha vivido y vivirá más que todos los aquí presentes?

Para nosotros el honor nada tiene de indescifrarle. Podemos volverle voluntariamente la espalda, y en el curso de la pasada guerra muchas veces lo hemos hecho así; podemos renunciar a él, menospreciarlo, ridiculizarlo y hasta negarlo; no por eso dejará de pesar menos en nuestra vida. Es un lastre que llevamos en lo profundo de la conciencia del que no podemos prescindir. Lo adquirimos por tradición y se halla tan fuertemente arraigado

sobre todo en el alma de la Europa occidental, en el corazón de esa Europa, madre de una gran literatura épica, que por él, hoy aún, la vida se arriesga, se quita y se da.

Tiene, pues, para los que vivimos bajo el último meridiano del viejo continente, tiene pleno sentido la definición dada por Chesterton de la causa de los aliados «como el gran movimiento hacia una Europa más libre y más caballeresca». Ello significa algo sobre lo cual no podríamos estar de acuerdo si no constituyese la esencia de nuestra común historia aquellos hechos primordiales, más arriba citados, que caracterizan la civilización europea.

¿Cómo han de laborar en pro de una tal Europa los que de antemano se encuentran irremisiblemente excluidos de ella? ¿Ni cómo han de entender lo que para nosotros significa la espléndida frase *una Europa más libre y más caballeresca* aquellos que no heredaron la cultura greco-latina, ni compartieron las ideas sobre el honor de la Edad Media; aquellos que adulteraron la significación civil, que no laica, del Renacimiento y los que no comulgaron en la liberación política que llevó a cabo la Revolución francesa?

«Habláis otro lenguaje», habremos de decirles piadosamente, «y no podemos entendernos. Nos separa algo que es superior a la ciencia, algo superior a los esquemas intelectuales; nos separa la experiencia, la historia; nos separa la significación que damos a los objetos, el matiz sentimental con que los revestimos; nos separa también los principios morales, el valor que adjudicamos a los diferentes momentos de la actividad práctica humana. Nos separa algo que resiste a la crítica y que vosotros no poseéis, nos separa, finalmente, la tradición.»

Tradición y sucesión

La palabra tradición—de la latina *traditio*, acción de transmitir—vale tanto, según se sabe, como entrega. Equivale, pues, a la acción por la cual una generación entrega a la que le sigue aquel conjunto de doctrinas, referencias, usos y costumbres que recibió, como en depósito, de la generación precedente. Es, así, la tradición un fluir vivo y mudable, no una cosa muerta y estática, según se ha querido presentárnosla.

Aquella fina observación de Espinosa, si no recuerdo mal, referente a que toda conservación implica una renovación constante encuentra aquí una aplicación práctica. Quisiéramos que la tradición se conservase continuamente igual a sí misma y habría de ser modificada sin cesar, restaurada de su no interrumpido envejecimiento, limpia de polvo que sobre ella van dejando uno tras otro los siglos.

Entre lo que recibimos y lo que entregamos se desarrolla toda nuestra vida, que no sólo colorea con matices insospechados el caudal que heredamos sino que también lo acrece con los frutos de nuestra propia experiencia.

La tradición, por tanto, al vivir junto a nosotros, no puede sustraerse a las fluctuaciones inherentes a cualquier proceso histórico. Ella no es nada ajeno a nosotros; forma parte de nosotros mismos como un aspecto de nuestra personalidad. Se alimenta de un sentimiento profundamente humano: del amor a las cosas conocidas, habituales; de nuestro afecto a las cosas que poseen el prestigio de la edad. De aquí que la religión se una tan estrechamente a ella. Y es ese sentimiento, tan arraigado en el corazón del hombre, lo que da valor a la tradición; es ese sentimiento el que le presta una intimidad en la que nos consideramos reproducidos aunque no sea más que en parte.

Sentimos que la acción de transmitir lo que recibimos o creamos constituye una de las directrices cardinales de nuestro espíritu; y lo transmitido queda rodeado por todo nuestro mundo sentimental. Desde el momento que la tradición deja de ser estimada, deja también de existir. Su suerte se halla sometida al ritmo de nuestra vida, a nuestras propias leyes psicológicas.—He ahí la línea que separa la tradición de la sucesión.

La sucesión sería algo externo a nosotros que podría ser realizado sin nuestro concurso. Frente a la sucesión nos encontramos en una actitud de espectadores. Se suceden los hechos, los estados separados unos de otros por ciertos límites; se gobiernan por leyes lógicas, por leyes que no envejecen. Es posible cambiar el punto de vista, pero dentro de cada uno las leyes que rigen los hechos de referencia son inmutables.

En una palabra, si admitimos una división del campo de nuestros conocimientos en ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza, la tradición sería un objeto de que se ocuparían las primeras y la sucesión caería bajo el dominio de las segundas.—Es la ausencia o la presencia del elemento psíquico lo que nos indica el carácter de un desarrollo determinado.

Ausencia y presencia no deben tomarse aquí, sin embargo, de un modo absoluto y hermético. Porque es preciso tener presente que entre los procesos físicos y los procesos psíquicos existe una acción recíproca que hace muy difícil cualquier ensayo de delimitación. Así considerados, los términos que tratábamos de oponer inician una menos hostil correspondencia. Pero aun dentro de esta atmósfera de armonía, los conceptos de tradición y sucesión, como originados por dos disposiciones mentales completamente distintas, el respeto y la crítica, pueden muy bien indicar dos direcciones divergentes de nuestra

acción sobre las cosas. La diferencia entre una y otra hay que ir a buscarla, no obstante, en el modo cómo se enlazan los momentos de sus trayectorias respectivas, es decir, en la intervención o en la ausencia del elemento psíquico. Y éste elemento psíquico que hallamos en la tradición y que no hallamos en la sucesión, es el que introduce a la primera en el mundo de la historia, que es el ámbito propio de la cultura.

Cultura e historia

Sí; *hacer historia* es hacer obra de cultura. Muchas veces lo habréis oído quizá decir a don Miguel de Unamuno: la misión del hombre es hacer historia, crearla; la misión del hombre es no pasivamente aceptar que las cosas vayan marcando los cauces en que se ha de mover el espíritu, que esa sería una interpretación económica de la historia, sino todo lo contrario dejar impresa la huella del espíritu en las cosas. Y el hombre pierde su vida cuando cruza la existencia sin dejar rastro, como pasa la sombra por el muro.

Así el espíritu, siempre creador, construye su propia historia libremente, en el ocio, sin pensar y como quien juega, sobre el fondo de una realidad inmediatamente dada. Esa viva realidad es la que soporta la actividad histórica, es en ese mismo fondo donde tiene lugar el drama histórico, que se determina tanto por la acción de los acontecimientos pasados como por la acción—y ello podrá parecer peregrino—de los acontecimientos por venir. He ahí, a mi juicio, la originalidad del mundo de la historia. El hoy no se puede juzgar sólo por el ayer; para que adquiera una completa significación es indispensable el concurso del mañana; pero el mañana, creciendo infini-

tamente, no permite a ningún hecho histórico lograr una perfecta individualidad. Tal es el eterno hacerse de la vida.

Se ha dicho que el día de hoy es hijo del día de ayer y padre del día de mañana, y ello es cierto, aunque sólo parcialmente cierto. Si consideramos una materia histórica y la asimilamos a la materia física, claro es que la primera habrá de aparecérsenos regida por los mismos principios o las mismas leyes que la segunda; no podremos entonces prescindir de la relación causal. De este modo escindida la realidad, el hecho de hoy es efecto del hecho de ayer y causa del de mañana. Pero las categorías de la física no tienen aquí una legítima aplicación. La Historia ha de poseer sus categorías particulares que no deben ser asimiladas a las de la ciencia de la naturaleza. Aquella no puede prescindir del tiempo, del tiempo real y no esquematizado, de la *durée*, como diría Bergson. Y esa esfera del tiempo, alma de la historia, es la propiedad única del hombre, allí donde le es dado alcanzar plenamente lo absoluto.

No es otro el fin de la actividad humana y a él, por tanto, deben subordinarse todos los demás intereses; los políticos, los económicos, los llamados intereses materiales, en general. A ellos se enlaza la cultura por un lado y por el otro se une a esa espiritual reconstrucción de la vida que es lo que debe denominarse propiamente historia.

Pero una anécdota personal tal vez aclare lo que voy diciendo.

Cuando fuí a Alemania, atraído como todos por la brillante labor científica que allí se realizaba, uno de los primeros problemas que hubieron de presentarse ante mí fué precisamente el que se refiere a la definición del concepto de cultura.

Yo poseía una fórmula, obtenida bajo el influjo de ciertas sugerencias doctorales, de cuya simplicidad me dí

cuenta ya a los pocos días de haber llegado. La fórmula era, expresada de modo matemático, la que sigue:

Cultura = Ciencia + Técnica.

Pero a los seis meses de andar por Alemania me hallaba firmemente convencido de la falsedad de mi ecuación, toda vez que, según mi sentir, los alemanes poseían la ciencia, poseían asimismo la técnica, y, sin embargo, no llegaban a ser cultos.

¿Qué es, pues, la cultura?—me pregunté de nuevo. ¿Qué contenido podemos dar a ese concepto inaprehensible, que huye ante nosotros como una aparición en la niebla?

Por entonces, yo no llegué a encontrar una respuesta satisfactoria. Andaba algo desorientado. Oía sólo hablar de la *Wissenschaft*, de la ciencia, y de la *Methodenlehre*, de la doctrina de los métodos. Comencé a adquirir un extraño recelo ante la objetividad. Hasta supuse que existía una tragedia del espíritu, como dice Simmel, cuando se ve forzado a la determinación...

Pero yo no dejaba de oír agrias voces que decían: *Wir sind die Kulturträger*, «Nosotros somos los portadores de la Cultura».

¿Qué entenderán por cultura estos alemanes?—me preguntaba ante las efigies de Schiller y Goethe, en Weimar?

La derrota de la estadística

Se ha dicho que Alemania era una nación mitad cuartel, mitad universidad. Casi era ésta la única tradición popular que se tenía de Alemania, conservada incólume desde el siglo XVIII. Pero la guerra nos ha revelado la inexactitud de semejante creencia. Alemania era toda ella

un cuartel en el que los soldados más despiertos paseaban sus ocios entonando canciones — *lieders*, si queréis—o dando rienda suelta a una fantasía de solitarios.

Sirva de prueba a nuestra afirmación aquel famoso manifiesto de los 93 sabios — en realidad y sin ironía, los más eminentes sabios y artistas de Alemania—en el que se daba por resuelta la cuestión de la responsabilidad de haber desencadenado el conflicto europeo. Los 93 sabios nos aseguraron *por su honor* que Alemania se había visto obligada a ir a una lucha que repugnaba a sus sentimientos. E invocaron, para dar fe de la existencia de tal estado del ánimo público, los nombres venerables de Kant, Goethe y Beethoven.

No sabemos si todavía hoy estarán los firmantes del manifiesto tan convencidos como entonces estaban de lo que afirmaron. Lo más piadoso que se puede decir, en descargo de unas personas que, por haber dedicado sus vidas a la investigación de la verdad, debieron pesar cuidadosamente sus palabras, es que ellos ignoraban su propia condición de soldados de un gran cuartel regido por la más férrea disciplina.

Los 93 sabios hubieran obrado prudentemente afirmando sólo que ellos, y los que como ellos pensaban, en la intimidad de su conciencia moral, se sentían irresponsable del giro bélico de los acontecimientos.

En realidad, los 93 sabios, como casi todos los sabios y los no sabios de Alemania, habían contribuido a aquel estado de cosas por haberse sometido sin protesta a una ordenanza militar.

La frase *ordenanza militar* tiene aquí un sentido metafórico que fácilmente se comprende. Junto a un régimen de opresión y tiranía se verificaba, como en análogas épocas históricas, un espléndido florecimiento intelectual.

Siendo incoercible la vida del espíritu, cuando se

oponen obstáculos a sus manifestaciones naturales busca cauces distintos y, a veces, más profundos. Lejos del ruido del mundo, tal vez en alguna pequeña universidad silenciosa, el sabio se había refugiado en su seminario o en su laboratorio, abandonando a otros, que también se llamaban a sí mismos especialistas, el cuidado de la cosa pública.

Él se sentía extraño en el dominio de las cuestiones generales. No hay que pensar por ello que careciera de ideas amplias, pues como todo alemán poseía su *Weltanschauung*, su visión del mundo. Pero esta *Weltanschauung* no era científica. Su visión del mundo era más bien un producto sentimental y vago. Ni formaba parte de un sistema, ni se hallaba garantizada por un método seguro y positivo. Y mientras profundizaba cuanto podía en el jardín de su especialidad, dejaba el sabio suelta a sus anchas las corrientes de la política de donde recibía su jugo aquel jardín.

He ahí una causa principal de los males que hoy padece Alemania: en un régimen de confianza mutua, bajo el criterio de autoridad, se hacía dejación de ciertas formas de la actividad humana que eran esenciales para la vida misma de lo que estaban interesados en fomentar.

Apopados en el principio de la eficacia, con el fin de obtener un mayor rendimiento se seccionaba la realidad, deformándola en su raíz, y de vivaz que era dejándola inerte. Con los trozos así obtenidos se pretendía construir-la de nuevo y era tal reconstrucción lo que se consideraba única y verdadera realidad. De este modo nos enfrentábamos con un mundo disminuído y científico, pero no con un mundo real, si se puede hablar de tal manera.

Pero ciencia vale tanto como medida y como número. Realidad científica es, por consiguiente, algo que se halla aprisionado por la medida, por el cuánto, y que puede

expresarse numéricamente. Todo queda, pues, reducido a una cuestión de más o menos, a operaciones de suma y resta.

En tales condiciones el pronóstico es infalible, y allí donde pueda verificarse la serie de sustituciones indicada en verdad lo es.

Mas junto a la cantidad existe la cualidad; al lado del cuánto, tal vez indisolublemente unido a él, está el cómo. El número expresa una serie de relaciones que no agota la totalidad de lo real. Y la estadística más acabada no podrá suministrarnos nunca un conocimiento de las cosas que pueda compararse con el que obtenemos por medio de la intuición y de la simpatía. Como dice William James, el ciego de nacimiento que haya aprendido a la perfección todas las teorías de la óptica, no tiene de la luz el *conocimiento* de un niño recién nacido que posea su vista normal.

Cuando los alemanes violaron la frontera belga, comenzando la era de sus atentados, conocían los menores detalles concernientes a la potencia militar y económica del heroico país. Por medio de un servicio de espionaje cuidadosamente extendido había llegado a saber el estado mayor germánico cuántos cañones poseía el ejército belga y cuántas fábricas de municiones; cuál era la reserva de proyectiles y de pequeño armamento; cuántos centímetros tenían las corazas de los fuertes de Lieja y cuántos metros su campo atrincherado; conocía por dónde era vulnerable la plaza de Amberes y hasta por qué calles convenía hacer la entrada en la ciudad; dónde se hallaban los depósitos de provisiones y cómo se podía utilizar con la mayor rapidez los ferrocarriles. Todo estaba previsto por los alemanes; todo había sido catalogado, medido, comparado. La célebre frase «según plan preconcebido», que tantas veces apareció en los partes oficiales, era el gran secreto del Gran

Estado Mayor. Cuanto era posible reducir a número y medida estaba, en efecto, calculado. Pero lo que los alemanes no conocían, y con lo que no contaban, fué el estado de alma del ejército y del pueblo belgas; lo que no previeron nunca fué el sombrío heroísmo de los franceses que se dejaron matar como espartanos antes que dar paso franco al invasor. Lo que no pudieron sospechar fué el aliento que anima los pechos oprimidos de los que creen en la justicia de su causa. Lo que no pudieron aprisionar en sus estadísticas fué el poder incontrastable del espíritu; del divino, divino, tres veces divino espíritu, siempre nuevo, siempre libre y soberano. Él es quien ha vencido en esta magna lucha, en esta gran cruzada del siglo XX acometida y llevada a feliz término por los caballeros del honor. El espíritu es quien ha ganado la guerra; lo que junto a él estaba se ha salvado y lo que estaba frente a él ha perecido o ha quedado maltrecho.

El tecnicismo, el cientificismo, el mecanicismo, el materialismo a secas o histórico, el socialismo en su aspecto marxista, todo eso ha huído finalmente dejando el campo libre a una concepción del mundo más rica y matizada.

Frente a las imposiciones del determinismo, dentro del círculo de hierro donde se ahogaba, el espíritu, creador infatigable, se ha alzado, se ha enardecido y ha coronado su epopeya inmortal con una victoria sin precedentes.

Señores: ya es hora que esta conferencia termine. Vosotros estaréis cansados seguramente; yo también lo estoy. Muchos temas han sido soslayados; muchas cosas han quedado por tocar; muchas y muy importantes.

En primer término, yo hubiera deseado rendir el conmovido homenaje que se merece aquel amigo mío que se llamó Agustín Heredia, ese espíritu noble y heroico, caído

en la bella tierra de Francia, en plena juventud, defendiendo los ideales que tanto nos unieron en vida y que no deben unirnos menos en la muerte. Ninguna sangre más generosa, absolutamente ninguna que la derramada por Agustín Heredia en favor de una causa de interés universal. No fué el ciudadano que defiende su hogar allanado ni el campesino que lucha por la tierra de sus mayores. Fué el paladín de una tradición más alta y, a mi juicio, infinitamente más respetable: combatió en pro de la independencia y la soberanía del espíritu, es decir de los grandes ideales de la Edad Moderna, frente a las imposiciones de poderes extraños; sucumbió por incorporar estos ideales a la realidad viva, para que constituyesen no un conjunto de principios sin prolongación alguna en la experiencia, no un código de preceptos morales que nada signifiquen en la vida práctica, sino la base misma de la actividad humana en su marcha del pensamiento a la acción.

En segundo lugar, hubiera también querido decir cómo esta guerra, que tan profundamente ha conmovido las entrañas de la Humanidad, puede ser considerada desde un punto de vista que alcanza no sólo a las culturas de las naciones beligerantes sino también al fondo de donde brota todo lo que hay de más íntimo y personal en la conciencia del hombre, a saber: el sentimiento religioso. La guerra actual sería, por tanto, una guerra de religión como la de los siglos XVI y XVII; o mejor, algo así como las Cruzadas de la Edad Media, un choque de dos formas o modos de la sensibilidad, un encuentro de dos maneras distintas de sentir y, por consiguiente, hasta cierto punto también de comprender.

Terceramente, hubiera hablado de un famoso libro de Martín Lutero, que se titula «De la libertad del cristiano» y que constituye la Biblia del pueblo alemán. En esa obra,

inspirada en la teoría paulina de la salvación por la fe y de la ineficacia de las buenas obras, se autoriza la libertad interna, la libertad de pensamiento y se condena la libertad externa, la libertad de acción. «Libertad interna y sumisión externa», tal es la norma de todo buen discípulo del funesto fraile de Wittemberg; norma que necesariamente había de conducir a su pueblo al lamentable estado en que hoy se halla.

Por último, algo había que haber dicho también de la teoría del Estado nacida de esa cifra y compendio del pensamiento moderno germánico, de Jorge Guillermo Federico Hegel, el abuelo de la generación actual, a través de cuyas enseñanzas se explican, en cierto modo, los acontecimientos que acaban de pasar y otros que todavía están pasando.

Pero todo esto ha tenido que ser puesto a un lado; y lo que siento más aún, nada he podido hablar de las nuevas perspectivas que los resultados de la guerra ofrecen a cualquier espíritu medianamente reflexivo; nada he podido decir del nuevo mundo que se inicia, de las nuevas formas que se moldean, donde ha de vaciarse la conciencia de la humanidad futura en su marcha incesante hacia la perfección. Es posible que ello constituya el asunto de otra conferencia si hay tiempo y espacio libres.

Sólo quiero decir, para concluir, lo siguiente: Se avecina una era de mayor sensibilidad ante los aspectos de las cosas; se anuncia un moderno sentir, un más refinado sentir que ha de tener su desarrollo inmediato en el campo de la política, en el terreno de la vida práctica. —Eso que llaman los filósofos ingleses el *moral sense*, el sentido moral tan cercano del sentimiento estético, ese último resultado de la elaboración que realizan todas las facultades de nuestro espíritu, hasta aquí pospuesto a otros intereses menos esenciales, ese mundo enorme y

convencional! del ser calificado ha de adquirir un relieve maravilloso.

Se dice que los hombres del Renacimiento se sentían como iluminados por una misteriosa luz interior. Se sabe, asimismo, que los hombres de la Revolución francesa parecían como animados de un vigor extraño y casi sobrenatural. De semejante modo, los hombres de la nueva edad que ahora principia se sentirán más sensibles a todas las sugerencias de la justicia y el honor.

Es la hora de tomar posiciones, la hora del arrepentimiento sincero o de la atrición. Y en esta sociedad nuestra de pícaros y vividores logrará antes el triunfo aquél que harto de carne sea el primero en meterse a fraile.



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6101153625

